

Discurso del excelentísimo y reverendísimo monseñor Mariano Rosell Arellano, Arzobispo de Guatemala.

Verbum, 30 de enero, 1949

Con motivo de la bendición del nuevo local del Instituto Indígena.  
Guatemala de la Asunción, veintidós de enero de mil novecientos cuarenta y nueve.

Excelentísimos señores obispos,  
Ilustrísimos monseñores

Muy reverendos padres, señoras y señores:

Dios ha querido que se desarrollara en Guatemala, asiento, en otros tiempos, de la más grandiosa cultura indígena, y hoy, para vergüenza de todos nosotros, sombría realidad de la postración de ese pueblo indígena, explotado tan inicualemente, como nunca lo fuera en nuestra historia.

Guatemala, nación que sobre tres millones de habitantes tiene casi dos y medio de indígenas, vive despreocupada de esa raza hoy aparentemente sumisa, pero ya ha tiempo instigada por las fuerzas del mal que busca el odio de raza para desencadenar esa roja dominación cuyas llamaradas empiezan con pavoroso incendio a consumir el mundo.

Dos y medio millones de seres sin escuelas, sin cultura, sin ser parte activa en la riqueza nacional, sin producir y sin consumir, sin saber por qué son guatemaltecos, que de espíritu distan serlo, y de realidad nunca lo han sido. Dos millones y medio, de almas sencillas, moldeables, y quien sostenga lo contrario no es cristiano, que fueron redimidos por Cristo, y que viven sumidas en la embriaguez, en la miseria, en el abandono higiénico más lamentable, en la ignorancia más indigna de un pueblo que se halla en la categoría de Nación. Dos millones y medio de hermanos nuestros esclavizados por sus vicios y por su ignorancia: esclavizados por "negreros del siglo XX", que tales son muchos patronos y finqueros; esclavizados y esto es lo más doloroso, por la misma nación que los desprecia, con esa cruel ideología de los racistas, que ven en el indio una raza inferior, una raza de carga, una raza de parias, iguales o peores a como son tratados en el país racista por antonomasia: La India.

Sólo una institución, lo digo con el más cristiano pero enardecido orgullo, que se ha preocupado por el indio. La Iglesia, madre de blancos y negros, de bárbaros y civilizados, de indios y de mestizos. Cuando aún no había en Guatemala ni escuelas, ni menos universidad, ni aún conventos ya el primer obispo de Guatemala, él nuestro profundamente admirado Licenciado don Francisco Marroquín que había fundado escuelas de lenguas indígenas para ir al indio y civilizarlo en su propia lengua, había emprendido la más gigantesca empresa de defender al indio, arrancando la raza indígena de manos de los encomenderos que hallaron en las leyes a favor de los indios el más terrible muro a sus ambiciones desmesuradas. La Iglesia fue la defensora de la raza aborígen ante los desmanes

conquistadores de quienes no querían sino riqueza y botín. La iglesia lanzó a las Veraces a esa orden benemérita que hizo de aquella tierra de guerra un edén, que vinieron a destruir las ambiciones de malos guatemaltecos sedientos de oro y de poder. La Iglesia abrió hospitales para inválidos, hizo escuelas para indios, les enseñó no pocas artes, le declaró que ellos lo mismo que sus dominadores eran iguales ante Dios, y que el reino de los cielos más abierto está a los pobres y humildes, y no a los dominadores y explotadores perversos. La Iglesia llevó al indio hasta la más elevada dignidad del sacerdocio. La Iglesia llevó al indio hasta la más elevada dignidad del sacerdocio. La Iglesia lo alfabetizó, les enseñó las virtudes cívicas en medida de sus (pocas) posibilidades. Pero llegaron horas funestas contra la iglesia, se le arrebató al indígena, se la desposeyó de sus medios de subsistencia y de beneficencia, se arrojó la efigie del crucificado, con más ira que si fuera la de un criminal, y se utilizó al indio por esos inicuos regímenes como bestia de arado y de carga, y como carne de cañón en las guerras fratricidas y como cociente electoral que sostiene a todo partido totalitario y gobiernista desde tiempo inmemorial. Y esos verdugos del indio fueron esos ídolos falsos de nuestra nacionalidad, que se llaman Francisco Morazán, Justo Rufino Barrios y la descendencia ideológica de sus interminables secuaces que con el nombre de redentores del indio, escudaron su auténtica persecución a la Iglesia que a los indios favorecía.

Pero esta raza de antaño explotada, y hogaño abandonada, empieza a ser satánicamente adiestrada en la falange totalitaria de Moscú que a través de no pocos partidos políticos siembra el odio de raza, y mientras se prepara la hora del incendio nacional, quienes debieran poner remedio se cruzan de brazos y esperan salir a apagarlo cuando haya manado la sangre de las víctimas, y cuando la metralla del contra ataque haya segado a millares las vidas de los inocentes indios a quienes se busca siempre para que sean carne de cañón en las revueltas liberaloides o comunistoides que lo mismo son, sin diferencias de ambición, indignidad y antipatriotismo.

Es en este momento de máxima explotación al indígena que me dirijo a vosotros. Máxima explotación, porque antes se les usaba como bestias de carga, pero quedaba puro su espíritu, hoy se les utiliza para proclamar la guerra fratricida que a grandes pasos avanza en Guatemala fomentada por el poderío internacional ante la inexplicable tolerancia de quienes están llamados a garantizar la soberanía nacional de Guatemala, que estriba no en los mojones inamovibles de la frontera, sino en la independencia del espíritu: libre del yugo fanático y criminal del comunismo.

Ante esa realidad de explotación de la vida y de la conciencia del indio, se presentaba con necesidad urgente e impostergable, formar un semillero de apóstoles de la raza indígena y ante la depravación de costumbres de los adultos, presa de hábitos seculares difíciles de remover, se pensó formar al indio desde pequeño, para que formado integralmente, que es tanto como decir cristianamente, fuera el día de mañana el fermento nuevo de la raza explotada de ayer y abandonada de hoy a fin de que llegara a ser la raza libre de mañana, libre

de temor, libre de vicios ancestrales, libre de humillación racial, libre de la ignorancia.

Pero antes de proseguir permitidme que dé explicación de esta obra. Esta obra no es mía aunque la amo como si mía fuera, sino de la Iglesia. Es obra no de Monseñor Rosell, sino del arzobispo de Guatemala en representación de la Iglesia, que continúa así la gloriosa tradición del Obispo

Primero y de sus sucesores. No es una ocurrencia del hombre, sino una obligación del prelado, la que ha tratado de encausar ese milenarismo sentido de civilizar al aborigen, que hizo del Viejo Mundo una pléyade de ciudades y naciones, y del Nuevo Mundo un emporio de cristianidades. Esta obra no nace al impulso humano, por mejor intencionado que esté sino al arrastre de la gracia divina que con sentido categórico impera a todo prelado: ID Y ENSEÑAD A TODOS, mandato divino que está en el corazón de todo sacerdote y que la iglesia cumple sin distinción de razas, y sin distinción de planos: -sobrenatural y natural – en lo moral, en lo científico, en lo artístico, en lo cultural y cristiano.

He vivido en pueblos de indígenas, y he palpado como párroco la hondura de su pobreza de cuerpo y el abandono moral en que se encuentran sin más amigo fiel de su raza, que escasos ochenta sacerdotes para casi dos y medio millones de indios. He visto que esa raza, susceptible de educabilidad, y que podría incorporarse a lo guatemalteco, está a merced de esa doctrina roja, que sabrá aprovechar su condición de siervos, el abandono de los poderosos y explote de los tiranos, para hacer de la raza indígena la enemiga número uno de la nación guatemalteca, y la aliada incondicional de la gestapo soviético.

¿Sabes cómo vive un indio? Peor que un paria, su única ambición es la embriaguez, su única moral esperar quién le tienda la mano generosa, su única virilidad vegetar como un árbol secular, que ya no da fruto alguno, que se marchita a la vera del camino pisoteado por todos, recordado por nadie, pero que es la madera seca para incendiar todo el bosque en cuanto le cae una chispa. Viven, nacen, comen, vegetan y duermen y mueren en una choza. No saben ni lo que un niño sabe, ignoran este mundo y casi se ignoran así mismos, nacen, crecen, se reproducen y mueren; casi con la misma suerte que los animales, pero con la desventaja de que el animal con esto no se degrada y el hombre sí se animaliza. HOY ES MANSO Y SUFRIDO CORDERO, PERO ES MUY FÁCIL VOLVERLO CRUEL LOBO, VORÁZ LEÓN, O ÁSPID VENENOSO. A ESE INDIO QUE DEGENERA, QUIERE REGENERAR ESTE Instituto. Para ello en la imposibilidad por falta de clero, de ir a cada pueblo y a cada aldea, a cultivar y civilizar cristianamente a cada habitante de ellas, se trae a este Instituto, de esos pueblos y aldeas, a los mejor dotados por la naturaleza y la gracia divina, para cuidadosamente formarlos en lo divino y en lo humano a fin de que el día de mañana graduados de maestros, Médicos, Industriales y ojalá también sacerdotes se inicie la conquista del indio por el indio mismo, ya que el ladino hasta ahora sólo ha sabido explotarlos.

Quiere este humilde instituto, hacer antes de nada maestros, porque solo así es posible iniciar buenos hábitos en las aldeas y pueblos indignes. Pero quiero que sean maestros ajenos a los vicios hoy usuales de la embriaguez, inmoralidad de

vida y depravación de costumbres, Quiere llevar a las aldeas todo lo que se quiere para que una nueva vida empiece poco a poco, pero con ritmo seguro y continuo a elevar la categoría de hombres cultos a los indígenas de toda Guatemala. Hay que arrancar vicios ancestrales y sembrar nuevas modalidades de vida, en estos vástagos tiernos de la raza indígena. Quisiéramos elevarlos a las cumbres de la moral, de la ciencia y de la cultura, porque el porvenir de Guatemala está en esa inmensa mayoría hoy alterada en el vicio y consumida en el desprecio nacional.

En vista de tanta trascendencia de esta obra, trascendencia que dimana del mandato divino, y de la mayoría democrática que representa el indio en Guatemala, es mi deseo que para llegara a este Instituto los jóvenes indígenas no sean enviados en una forma meramente familiar, aunque siempre presuponemos la debida autorización del hogar- sino como elegidos por su mismo pueblo, - dadas como requisito las aptitudes intelectuales y morales del candidato- para que el día de mañana se sientan como deudores de su pueblo, aquellos que por su mismo pueblo fueron elegidos para venir a formarse.

La obra ofrece múltiples dificultades, desde la primordial de obtener la avenencia de los padres para dejar partir a sus hijos, siendo a veces necesario que el Arzobispo en persona vaya, porque solo a él se lo fian, hasta la penuria económica que azota a esta frágil institución como toda obra humana por noble que sea, siempre necesita de ese recurso que irónicamente llamamos económico. La Iglesia fue despojada como todos vosotros bien lo sapéis de todos sus bienes, que a tenerlos, ha muchos años se hubiera erguido el adecuado y amplio recinto de formación de la raza indígena, como lo que en los días coloniales y primeros de la vida independiente. Pero el liberalismo y sucesores robaron al Instituto Indígena situado en el local ocupado por la actual escuela de comercio y con el total despojo de la Iglesia, creyeron haber hecho la obra más cínica y criminal y a fe que lo consiguieron, para perpetuo escarnio de nuestra patria.

Un enemigo de la cultura de los indígenas son los cuarteles, pues lejos de mejorarlos los empeoran moralmente. El indio es por naturaleza bastante alejado de prostitución, y el cuartel se la enseña, y cuando regresan a sus pueblos, es frecuente el repudio de su legítima mujer, para vivir en perpetuo merodeo en los pueblos sembrando costumbres que no se observan entre ellos. El cuartel para no desmoralizar debiera de tener adecuados capellanes, es decir un perfecto y constante servicio religioso y reducir el tiempo de servicio, pues la depravación de costumbres es ¿Pues de que nos sirve un pueblo con soldados que defienden el suelo material, cuando el corazón de ellos mismo está conquistado por el modo de vida inmoral de otra nación? Para qué defender el suelo de extranjeras conquistas, si cada ciudadano está ya conquistado por esos extranjeros de que defendemos el suelo. En horabuena que se defiendan las miles de hectáreas de tierra bendita y privilegiada que forman Guatemala pero antes que nada hay que defender la independencia espiritual de esos guatemaltecos que si caen en el espíritu, tarde o temprano venderán la tierra nacional al mejor postor que hoy por hoy aparece ser Rusia.

Se me ha interrogado por qué me preocupo por esta obra, hasta descuidar a veces otras de mayor importancia. La respuesta es sencilla y es que los indios pertenecen al rebaño que el Señor nos ha encomendado, y que estadísticamente nuestra primera obligación, deben ser para los que son más, pues el pastor debe velar por todo el rebaño y el rebaño está compuesto por su mayoría de indígenas, a ellos debe ir su principal atención, máxime cuando esos indígenas están abandonados y olvidados por todos. Allí debe estar el pastor donde haya más necesitadas ovejas y nos las hay más agobiadas que el pueblo indígena. Allí debe acudir presuroso el pastor donde llega el lobo aunque venga con piel de oveja, y hoy el lobo merodea el redil precisamente por los rediles indígenas y de campesinos y laborantes. Además, estando el porvenir de Guatemala fincado en la elevación moral y ciudadana del indio, a él hemos de acudir para mejorarla antes que a ninguna otra. Si el Arzobispo de Guatemala se preocupa por los indios no dudamos que los buenos católicos de Guatemala, seguirán esta obra bajo su protección. Si los pueblos indígenas se educan laicamente llegará el día de tenerlos por amos déspotas, como hemos tendido por amos déspotas al fruto del laicismo en Guatemala pues a Dios gracias no ha habido un solo gobernante católico, en el sentido auténtico de la palabra, que haya sido un déspota, y si, todos los dictadores de estas tierras han llevado el estigma de laicos, que traducido se lee por masones, liberales y otras funestas especies que son la cizaña de la familia católica guatemalteca.

Fueron recibidos los primeros candidatos al Instituto Indígena en el Palacio Arzobispal, porque quisimos significar el importe cometido que suponíamos a la obra, y para seguir la tradición auténtica de la Iglesia, de que nuestro tesoro siguen siendo, los pobres, los necesitados, los indios y no los potentados según el mundo. Hoy hemos conseguido mejor albergue para las labores docentes y es por ellos que nos trasladamos a este nuevo edificio hecho para ellos, con todo el cariño de la iglesia.

A fines de 1949 empezó esta obra a modo de experimentación, y hoy a los tres años hemos podido comprobar que las capacidades de esa raza lejos de estar embotadas van al nivel de los niños de la ciudad, la estadística de estudios de cada uno de los indios es el mejor argumento. Cultivan la música en su tradicional marimba, no se les permite olvidar su idioma, se les inicia en las labores manuales, y se les cultiva con especial asiduidad los sentimientos morales, con la doctrina y práctica del catolicismo. Hasta ahora, hemos sostenidos esta institución personalmente hemos otorgado a más de cincuenta, una beca completa: de alimentación, vestidos, educación y demás servicios adjuntos, y seguirá la iglesia de este modo sin cargar lo a la curia metropolitana, harto desposeída por la rapiña liberal y de sus herederos, sosteniendo a éstos y otros que vengan en número de cincuenta. Pero que son cincuenta indios entre dos millones y medio de su estirpe. Solo la generosidad de los católicos puede aumentarle el número. Hemos recibido especial ayuda en la abnegada labor del colegio de San Sebastián, donde se han educado los indios, haciendo posible así su mejora intelectual o moral, hemos recibido valiosas ayudas de algunas asociaciones católicas y todo ello

merece un especial reconocimiento de parte de la iglesia. Pero esta ayuda valiosa apenas ha podido cubrir una novena parte de los gastos que supone un instituto, que requiere a más de una buena organización y una especial alimentación en las débiles naturalezas de nuestros inditos, una continua asistencia médica, y un desgaste cotidiano de prendas de vestir. Es por ellos que hoy aquí, a vosotros, amados hijos, y muy pronto por otros medios de difusión, pediré a todos su óbolo para que se aumenten las becas de este instituto, pues en su aumento está el programa de regeneración del problema arduo y trascendental de la raza indígena. En el futuro el ideal será que los indígenas mismos cuando se den cuenta de la importancia de la obra ellos mismos sean sus propios mecenas, pero en tanto llega la hora de la primera recolección mucho agradecerá la iglesia la valiosa cooperación de los católicos. Lo que hicieris por uno de estos pequeñuelos nos dice Jesucristo en el evangelio, por mí lo hacéis.

Cuando esta obra se iniciaba: Dios nuestro Señor le deparó en una persona humilde y profundamente cristiana, profundamente abnegada la madre de estos inditos que dejaban. Era ella la niña Lucita, como todos le decían, era una humilde ama de llaves, pero ella con su acendrado espíritu cristiano, pudo a pesar del tremendo mal que minaba su existencia de recibir a cada indito, consolarlo, enseñarle desde la elemental higiene, estar al pie de la cabecera cuando caían enfermos, velar por la limpieza de sus vestidos, y vigilar los hábitos morales de esas nuevas plantas trasplantadas desde las ancestrales viviendas y costumbres invertidas al nuevo cambio de vida del instituto indígena. La niña Lucita dirigió los primeros pasos de este instituto, y lo cimentó, y no dudamos lo habrá de proteger suplicando ante nuestra Señora del Socorro a quien hemos escogido por especial patrona de esta institución, lo lleve adelante con toda su divina protección.

A más de los arriba mencionados ha atendido este Instituto algunos generosos benefactores, que se han acordado de estos inditos, que esperamos en Dios sean el nuevo fermento de la estirpe aborigen de Guatemala. Que Dios nuestro señor bendiga a todos los que hayan tenido la más sencilla deferencia para con ese instituto.

Reguemos este árbol que en nombre de la iglesia ha plantado el Arzobispo de Guatemala. Y no olvidemos que tal vez de él dependa el mejoramiento de ese abandono de la raza indígena de Guatemala. Si los católicos no la ayudan vendrán los hijos del mal y tarde o temprano, serán nuevos victimarios quienes hubieren podido ser nuestros amigos y hermanos.

Que nuestra Señora del Socorro sea para este Instituto su perpetua patrona, y cariñosa madre, y que en nombre de la comunidad de doctrina y de sentimientos que hace del cristianismo que todos seamos uno en Cristo, sepan los católicos de Guatemala, que cuanto por estos inditos hicieran es como si por el mismo Jesucristo y por nuestra patria lo hicieran.